

## De la tradición a su leyenda

Antonio Saborit

Isabel Quiñónez, *De don Juan Manuel a Pachita la alfajorera. Legendaria publicada en la ciudad de México*, INAH, 1990, 442 pp. (Colección Divulgación).

Hay en este trabajo orientaciones y tentativas que no es común encontrar en libros antológicos, o bien que no saltan a la vista de un modo tan claro como aquí. El libro, por otra parte, es más que una antología. Quisiera comentar brevemente algunas de ellas.

1. A Isabel Quiñónez se le conoce como poeta de invencibles desolaciones y esperanzas, en los libros *Alguien maúlla* (FCE, 1985) y *Esa forma de irnos alejando* (Universidad Veracruzana, 1989), como una autora de versos literalmente esenciales. Ese trabajo devela su agudeza enorme en la lectura, voraz e impredecible.

Este oficio de lectora asoma en su trabajo de literatura e historia, *De don Juan Manuel a Pachita la alfajorera*. Hizo de tal oficio una contraseña para su práctica poética; a través de él se ha asomado a pulir sus imágenes benignas así como sus sombras. El elemento de lectora pertinaz es con el que ahora construye, selecciona y ordena.

Para tratar de definir tal oficio, o siquiera aproximarse un poco a su singularidad, se puede llegar por el camino de la diferencia o contraste y así recurrir al retrato de lector arisco que perfiló José Ortega y Gasset. Este lector es un "indómito que más que leer contra-lee". Tal verbo, *contra-lee*, tiene cualidades solares. Isabel Quiñónez, desde luego, le mira desde el lado oculto de la luna. Aún no acaba el boceto de Ortega y Gasset: el arisco, dice con ironía, es un lector admirable. "No quiere enterarse de lo que lee, por supuesto. Necesita insultar al escritor. Meter entre las líneas su denuesto. Y es inútil que pocas líneas después vea que el autor iba en camino de enumerar una idea muy distinta de la estupidez que él tenía en la cabeza. No por eso aprenderá a tener un poco de calma, a dejar al escritor su juego, a darle tiempo para que diga lo que él no sospecha. Este lector turbulento al leer sale, en rigor, a cazar en la selva y, pase lo que pase, necesita volver trayendo a la rastra, sanguinolentas, las visceras del autor".

Isabel Quiñónez, en este sentido, se afana por atender lecturas más completas. Pocas cosas como la *legendaria* han sido víctimas de la *contralectura*, bien o mal

intencionada. En el libro *De don Juan Manuel a Pachita la alfajorera* es otro el acuerdo. El texto, menos banal, aquí puede ser todo. La complejidad no le arredra el interés cuidadoso ni la paciencia con que se entiende con sus autores. Juega al ritmo que pide el texto. Parece que en efecto le gusta dejarse sorprender. El autor tiene tiempo para exponer su caso. Así, la lectura queda al otro extremo de la *cacería*: es ejercicio que busca restituir la vitalidad oculta o no en cada texto. Es, en este sentido, cómplice pero al mismo tiempo la voz del delator.

2. La materia del título *De don Juan Manuel a Pachita la alfajorera* es la *legendaria* publicada en la ciudad de México a lo largo de unos cien años, desde el principio del siglo XIX hasta las primeras décadas del actual.

Isabel Quiñónez realizó aquí un fino trabajo de edición. La naturaleza del libro esto exigía y su autora fue un poco más allá del nada fácil papeleo del prologuista-*cum*-seleccionador. Quien desee conocer el desempeño de Isabel Quiñónez como prologuista haría bien en asomarse a dos ensayos suyos que son pórtico a muy distintas obras de un autor imprescindible en la

articulación de la leyendaria de la ciudad de México, Juan de Dios Peza: *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la ciudad de México y Memorias, reliquias y retratos* (Porrúa, 1988 y 1990).

Pero la apuesta original de un libro como *De don Juan Manuel a Pachita la alfajorera* requería el conocimiento y la sensibilidad y también las argucias de un editor tan amañado como las historias que debía recuperar, ordenar, exponer.

Lo primero fue recopilar un conjunto de leyendas en un medio urbano y para el caso se fijaron dos límites: uno geográfico, la traza que Alonso García Bravo circunscribió en el siglo XVI para habitación de los españoles, y otro temporal, las leyendas que suceden en tiempos de la colonia. Esto, por desgracia, se dice rápido. A fin de realizar un trabajo más preciso, Isabel Quiñónez recurrió a los protocolos de la folklorología. Al final de la pesquisa ella pudo establecer veintitantos (22) tipos de leyendas que ocurren en tiempos coloniales en la traza y otros, bastante menos (4), que suceden en tiempos coloniales pero en un área periférica.

¿Qué caracterizó exterior, formalmente a todas estas leyendas, cuyo envase podían darlo los ritmos de la prosa o el metro del verso? Les caracterizó, sobre todo y según los indicios de este estudio, un tono. Un tono que empezó a definirse al publicar de manera independiente estos relatos, fuera de los libros de historia o de las crónicas. En las páginas de esta antología hay un ejemplo claro: el texto de Luis González Obregón, "Lo que aconteció a una monja con un clérigo difunto", que se basa en una anécdota que refiere "el muy sabio varón y célebre anticuario

mexicano" Carlos de Sigüenza y Góngora en el libro *Paraíso Occidental* (1684). Un tono que encontró tintes más precisos en el impulso de una tentativa literaria antes que histórica.

A la postre, la recreación escrita de los ciclos de leyendas de la ciudad de México había de encontrarse con el tradicionalismo que impulsó el peruano Ricardo Palma. Vicente Riva Palacio llegó a cartearse con Palma. Este publicó sus recreaciones escritas primero en revistas (*El Diablo*, 1848, y *El Constitucional*, 1867) y su primera serie de tradiciones peruanas apareció en forma de libro hasta 1872. ¿En qué consistió este tradicionalismo? En tomar una leyenda para narrar con verosimilitud histórica, brevedad e ironía una historia. Entre 1874 y 1910 Palma publicó series nuevas; su predilección fueron los asuntos y las atmósferas coloniales. Pero antes de emparentar con este tradicionalismo, los autores mexicanos de numerosas recreaciones escritas actuaron bajo el impulso de la época romántica.

3. En todas las ciudades de México hay ciclos de *tradiciones y leyendas*, señala Isabel Quiñónez. "Las registran escritores, periodistas, anticuarios", dice. "El impulso de recrearlas se manifiesta desde temprano en el México independiente y lo marcan tanto la idealización y el deseo romántico de recuperar un tiempo mitificado, como la necesidad de ir encontrando signos personales que sustenten al país naciente".

Los autores, por la sola coetaneidad de los temas recreados, parecen un poco legendarios. El grave mostacho anticuario de Artemio de Valle Arizpe, la vidente ceguera de Luis González Obregón, el atavismo sonoro de cierto José Justo Gómez

de la Cortina. Es raro que uno se refiera a ellos sin usar la fórmula del *don*. Para dar con estos y otros autores ahora debemos preguntar qué fue toda la reconstrucción leyendaria de la ciudad de México para ellos, quienes ampliaron el reparto y alcance de semejantes relatos e historias. El ensayo introductorio de Isabel Quiñónez entrega varios elementos útiles y sugerentes para esbozar más de una sola respuesta.

La reconstrucción por escrito de esta leyendaria fue casi siempre un ejercicio de interpretación que no todas las veces alcanzó la buena factura literaria. El punto era lograr réplicas de viejos, remotos relatos, crear de nueva cuenta amoldándose a un patrón fijo. El autor, en los límites de este espacio, debía jugar sus cartas. Si en efecto la leyenda es un género de la literatura oral al que ha sido difícil cercar, como señala Isabel Quiñónez, entonces habría que añadir que la recreación por escrito de estas tramas no tiene por qué ser menos ardua. El autor que deseó aventurarse por esta zona sabía la fórmula: se le exigía lo estricto para demandarle en abundancia. De él se esperaba respetar ciertos elementos del relato: por ejemplo, el esqueleto argumental, los personajes y tal vez hasta el desenlace; la manera de representación podía variar siempre y cuando mediara entre el intérprete-autor y el relato a contar la civil relación del apego y la promesa de mantener en movimiento un relato vivo en la cabeza de la gente, en su memoria, muy presente en las numerosas liturgias seculares de la vida diaria.

La vigencia de la leyendaria de la ciudad de México en la propia capital, más que el azar, tuvo que ver con la grande, indiscutible, en buena medida vigente y (¿por qué

no?) deseable popularidad que lograron estos autores. En su época es difícil hallar otros escritores en plena intimidad con su rústico, impredecible, agradecido público. Las leyendas —como bandos de relato— se leen en voz alta, la gente las memoriza, se guardan en la cabeza las palabras que le añaden a la víctima, el toque imprevisto de macabrería. Quizá no se encuentre género más abundoso desde el primer cuento legendario que se publicó en la ciudad de México, en 1835, hasta los caprichos colonialistas de Genaro Estrada y los suyos, en los años veinte de este siglo. El ciclo de tradiciones y leyendas de la ciudad de México devino entonces en periodismo, apunte de costumbres y amenidad. Sus autores, en narradores de relatos diarios, requeridos por la conversación y el gusto de la memoria más informal y amena. Llama la atención la experiencia de Thomas Janvier, miembro del Folklore Society de Londres. A principios de siglo Janvier recorrió las calles de la ciudad de México para saber si entre el pueblo se narraban efectivamente las historias de la leyendaria urbana. “En el prólogo a su *Legends of the City of Mexico* habla sobre las fuentes de sus versiones al inglés”, dice Isabel Quiñónez: “Josefa Correa, de oficio lavandera; Gilberto Cano, antiguo mesero del Hotel del Café Anglais; varias ancianas; un viejo vendedor de rebozos”.

4. Las leyendas de la ciudad de México, en esta literatura de cordel de nuestro siglo que son o alguna vez llegaron a ser ciertas historietas en sepia, dejaron en la memoria de quien esto escribe un conjunto de imágenes de sobrea-

tuados embozados e inocentes vueltos fardos inertes, así como la certeza de una rusticidad zarzuelera en las tramas y un aire de extraño aunque factible periodismo vital.

La contundencia eficaz de esta educación, apenas minada por un libro como *Inquisición y crímenes* de Valle Arizpe, fue brutal. Creó numerosos contralectores de esta leyendaria. Para allanarla fue preciso el azar: el largo y muy placentero rodeo hasta el popular consultorio del muy sabio Dr. Michel Foucault en los años setenta. Menos leyendas, entonces, me puede entusiasmar cualquier cosa de las calles.

Pero el libro *De don Juan Manuel a Pachita la alfajorera* puede ofrecer una compañía excelente en el trámite de aliviar mi aversión a estos árcades urbanos. Quien intenta aclararse un poco la leyendaria de la ciudad de México se descubre inmerso en una atmósfera opaca por el enrarecimiento que le imponen los demasiados elementos, o bien increíblemente enriquecida por las realidades sociales, las maneras literarias y los buenos o malos hábitos periodísticos del siglo.

En la leyendaria de la ciudad de México se decide, por un lado, una producción literaria inexplicable sin el enorme interés retrospectivo del patriotismo criollo por los cuadros e imágenes de un pasado más o menos inmediato y, esto les importa demasiado: propio, trozo patrimonial. Por otro lado, se trata de un género visitado por distintos motivos pero al fin querido igual por escritores de filiación liberal o conservadora. “Las publicaciones literarias, las científico-literarias, la prensa liberal tanto como la

conservadora difundieron en el siglo XIX numerosas recreaciones legendarias”, apunta Isabel Quiñónez. Por último, las mismas recreaciones legendarias destacan una característica inseparable de la literatura mexicana del siglo pasado y tal vez hasta cierto punto de éste: su deuda inmensa con las efímeras publicaciones periódicas, su vehículo natural, muchas veces el único, la fuente primordial para cualquier recuento histórico.

La leyendaria dibuja una puerta impensada para acceder a las tramas de nuestra historia cultural moderna, y que gracias a este trabajo de Isabel Quiñónez uno puede plantearse abrir. No sin ciertas reservas, desde luego. ¿Por qué esta demora? El tradicionalismo, para decirlo mal pero también lo más rápido, resultó vanguardia, un gesto más de la modernidad inatrapable. Pues por extraño que parezca, en primer lugar los autores de todas las reconstrucciones escritas se entregaron al espectáculo de la nueva nación sin más tacto que el de su entusiasta optimismo criollo, sin fricciones, sin regionalismos, e investidos más bien de un espíritu insospechadamente universal y, diría a falta de mejor palabra, ponderador. En segundo, la leyendaria dejó filtrar un rayo de sol en la opacidad de la traza, que en gran medida comprendió las tres distintas ciudades de nuestra historia moderna. Y por último, la leyendaria impuso en la anecdótica ciudad de sus espantos, aparecidos, milagros y demás rusticidades la primera atmósfera ilustrada e internacional del siglo XIX, pues ella, la ciudad, ya no apareció como una creación del campo, sino como la creación depuradora de la inteligencia.